

Domiciano hasta el extremo de hacerle temer de continuo otras nuevas empresas, y con más motivo á consecuencia de haberle anunciado un fin próximo diversos prodigos y predicciones formales. De consiguiente temblaba en proporcion al terror que infundia, lo cual le obligó á tomar las mejores precauciones que pudo contra el peligro, hasta revestir su aposentos con una piedra que reflejaba los objetos, á fin de que nadie pudiera acercársele sin ser visto. Además, pensó en deshacerse de todos aquellos que le inspiraban desconfianza, y ya habia formado la lista de ellos, cuando un niño con quien se divertia, se la quitó durante su sueño llevándosela consigo. Asustada la emperatriz de ver allí su nombre y el de los primeros personajes, se concertó con ellos á fin de evitar aquel trance. Farseno, su primer criado, introdujo al liberto Esteban, que, llevando la mano á su cuello en la actitud de un hombre herido, le presentó un escrito que revelaba la conjuración, y aprovechó el momento en que leía para descargar el golpe. Domiciano se defiende y el asesino es muerto por gentes del palacio extrañas á la trama, pero sobrevienen los demas conjurados y hacen exhalar al emperador el último aliento.

Acababa de cumplir cuarenta y cinco año, y habia reinado quince. Convocado inmediatamente el Senado profirió mil ultrajes contra aquel á quien poco antes prodigaba aún sus adulaciones; hizo borrar su nombre de las inscripciones, derribar sus estatuas y sus arcos de triunfo, y anuló sus actos. Permaneció el pueblo indiferente, porque no descendian hasta él las persecuciones y disfrutaba de magnificencias y de juegos. Sintieron más su muerte que la de Vespasiano y de Tito los soldados á quienes habia aumentado sus haberes, y se hubieran entregado á excesos á no ser contenidos por sus oficiales.

Domiciano es el último de los principes designados con el nombre de los doce Césares.

CAPITULO VIII.

Nerva y Trajano.

Pareció al Senado la muerte de Domiciano ocasion oportuna para libertarse del despotismo militar. Aquí se nos presenta un nuevo fe-

nómeno, y es la escuela estóica acometiendo la empresa de oponerse al tiránico influjo del ejército. Con efecto, preponderante esta escuela filosófica en el Senado se esfuerza por colocar en el trono á sus hechuras, y consigue dar á Roma una série de Césares, que es justo contar entre sus soberanos. Fué el primero Marco Cocceyo Nerva, oriundo de la Creta y nacido en Narni, quien se hizo agradable á los ojos de Neron por sus poesías hasta el punto de erigirle el emperador una estatua. Tal maña se dió la faccion estóica, que contaba con su persona, á divulgar predicciones y horóscopos acerca de su futuro reinado, que á pesar de su timidez, le determinó á aceptar el trono. Despues de consagrar las pretorianos la primera pesadumbre al emperador difunto no tardaron en reconocer el nuevo. Entretanto, en medio de los parabienes que recibia Nerva, Arrio Antonino se afligió con él de que despues de haber escapado por su virtud y su prudencia de tan malos príncipes, se hallara á la sazón en una situacion en que descontentaria á amigos y á adversarios, y más todavía á los primeros tan luego como les negara una gracia.

Nerva se creia encumbrado á la categoría suprema en interés del pueblo y no para satisfaccion propia; de este modo supo armonizar la dulzura de la libertad con el sosiego de la monarquía. Restituyó á los ciudadanos desterrados por delitos de lesa majestad su patria y su hacienda; amenazó con su ira á los delatores; castigó á los esclavos y á los libertos que habian denunciado á sus amos y patronos. Prohibió todo procedimiento por delito de lesa Majestad y contra los que vivian á estilo de los judíos y juró no condenar á ningun senador á muerte. A fin de alijerar los impuestos y de poder abolir el odioso tributo del vigésimo sobre toda sucesion ó manda, disminuyó los gastos suprimiendo espectáculos y sacrificios, no permitiendo que se erigieran estatuas de plata ni de oro, y moderando el boato de su palacio. Posteriormente, como se hallara todavía demasiado pobre para recompensar servicios ó para socorrer infortunios, vendió parte de su vajilla particular y muchas de sus propiedades. Tambien distribuyó muchos terrenos á la clase de ciudadanos pobres. Hizo educar en todas partes á expensas del Estado á los niños menesterosos;

prohibió la eviracion, y se aplicó á corregir las costumbres y á administrar justicia. Siempre se condujo, en fin, como si en un instante dado hubiera debido tornar á la vida privada.

Acostumbrados como estamos á ver comenzar venturosamente reinados detestables, pudiera esperarse ver desmentida la conducta de Nerva; más no fué así por fortuna, y la única inculpacion que puede dirigirse es, que por exceso de benignidad ni aun castigaba á los perversos. Cierto es que habiéndose restituido al Senado la libre posesion de los juicios, admitió las acusaciones contra los espías del reinado precedente, y que castigó á los unos con la pena de muerte y á los otros con la de destierro; pero cuando quiso intentar procesos contra ciertos conspiradores, fiel Nerva á su juramento impidió que se llevaran adelante. Semejante clemencia pareció impolítica al cónsul Fronton, quien decia que si es una gran desgracia vivir bajo el gobierno de un príncipe que todo lo prohíbe, no lo es ménos tener un príncipe en cuyo reinado es lícito todo.

En efecto, abusaron de aquel exceso de bondad los pretorianos, y habiéndose pronunciado en tumulto, asaltaron el palacio para obligar á Nerva á que les entregara los asesinos de Domiciano. Vanamente se opuso á su furia, llegando hasta presentarles desnudo su pecho; hubo de ceder, de permitir dar muerte á los conjurados y de agradecer á los pretorianos por haber purgado de ellos al mundo.

Entonces comprendió la necesidad de elegir por sucesor un hombre capaz de empuñar con mano firme las riendas del Estado; y la más bella accion de su reinado fué haber adoptado á Marco Ulpio Trajano (27 de Junio de 98), con quien dividió al punto la autoridad elevándole al tribunado.

Trajano, vástago de una familia italiana más antigua que ilustre, habia nacido cerca de Sevilla, sirviendo en su mocedad contra los partos. En tiempo de Domiciano se habia retirado para vivir seguro á su patria, desde donde se le envió á gobernar la baja Germania. Allí se hizo amar de los soldados; pero, sin maquinar á impulsos de un pensamiento ambicioso, sin esperar nada siquiera, se contentaba con aquella posicion, cuando le designó Nerva por sucesor suyo, llevado de su buena fama, y cuando le

sucedió á los cuarenta y dos años no defraudó sus esperanzas.

Hizo su entrada en Roma á pié, en medio de inexplicables trasportes de alegría, y en el momento de entrar en el palacio, volviéndose al pueblo su esposa Pompeya Plotina, dijo: *Espero salir de aquí como he entrado*. Robusto de cuerpo y duro para la fatiga, de noble apostura y de afales modales, con poca instruccion literaria, aún afecto á los hombres instruidos, fué el mejor capitan de su siglo; en los campamentos no se le hubiera distinguido del último soldado, pues vestía como ellos, compartiendo su sobriedad y sus ejercicios. Hacia las marchas á pié, conocia individualmente á sus veteranos y sus hechos de armas, sin que su afabilidad dañase en nada á la disciplina.

Al tomar posesion del poder supremo declaró, que se consideraba obligado á observar las leyes respecto de cada ciudadano, y jamás faltó á su palabra. En las liberalidades que hizo, tanto á los soldados como al pueblo, comprendió á los ausentes, y, cosa nueva, á los niños de ménos de doce años. Segun se cuenta, sus larguezas proporcionaban el sustento á dos millones de personas. Siempre mantuvo el trigo á un módico precio, destinó considerables sumas á la educacion de los niños pobres, dió espectáculos de gladiadores, si bien desterró á los cómicos, á quienes Nerva habia permitido aparecer nuevamente. Gastó mucho dinero en abrir la puerta de Civita-Vecchia y ensanchar el circo, donde prohibió que se pronunciase su nombre, á fin de libertarse de los aplausos prodigados á tantos malos principes. Por último, vedó á los abogados recibir dinero de los litigantes, quiénes debian jurar no haberle dado ni prometido cosa alguna.

Deseoso de curar las llagas de la anarquía y de la tiranía, disminuyó, siempre que el bien público parecia requerirlo, las rentas, la autoridad y las prerogativas del emperador. Derogó las leyes de lesa majestad, castigó á los delatores y puso coto á las concusiones, alentadas por la indulgencia excesiva del reinado precedente. Cerca de él tenian libre acceso los ciudadanos de todas las categorías, y acogia bondadosamente sus pareceres. Para los destinos buscaba las personas más dignas, y era de opinion que no se necesitaba de fingimientos en

política, como tampoco en las relaciones privadas. A sus ojos no buscaba la sospecha para imponer un castigo, y prefería la impunidad de cien culpables, á la condena de un inocente. Dijo á Suburano entregándole la espada como prefecto del pretorio: *Esgrímela en mi favor si cumplo con mi deber, y si falto á él en contra.*

Revisió con toda su confianza á Sura, por cuya instancia le había adoptado Nerva. Habiendo intentado alguno inspirarle recelos de su persona, fué á pedirle de cenar sin ser convidado, se hizo curar los ojos por su médico y afeitarse por su barbero, al día siguiente respondió al que le repetía las mismas acusaciones: *Si hubiera querido matarme ayer lo hubiera hecho.*

También incurrió en errores y tuvo defectos. Era aficionado al vino hasta tal punto, que prohibió ejecutar las órdenes que diera al levantarse de la mesa. Todo el tiempo de que podía disponer lo consagraba á los placeres. Por vanidad dejaba inscribir su nombre en todos edificios, ya los hubiese construido, ó solamente restaurado, lo cual le valió el apodo de *Parietario*, con alusión á la yerba parásita que se adhiere á los muros. Toleraba que se le diera el título de señor, que se hicieran sacrificios á su estatua y que jurase el pueblo por su vida y por su eternidad.

Acaso por sostener su papel de dios, desmintió la dulzura habitual de su carácter, ordenando persecuciones contra los cristianos; es sumamente curiosa su correspondencia con Plinio sobre este asunto. Nótese también allí la alegría, por pueril que sea, que experimentaban los patriotas romanos viendo convocadas las asambleas del Senado tres días consecutivos, y prolongarse las sesiones hasta la noche. ¿Pero qué idea se puede concebir de aquella asamblea, cuando leemos al mismo tiempo que Trajano se oponía á que se formara una asociación para reformar los baños públicos de una ciudad de Asia, diciendo que toda reunión ó sociedad que se proponía por objeto intereses privados era contraria á la salvación del imperio?

Los germanos, que conocían el mucho valor de Trajano, le enviaron de todas partes diputaciones; y los bárbaros del otro lado del Ister no se aventuraban ya á sus escursiones ordinarias cuando estaba helado el río. Pero las in-

tenciones de Trajano se revelaban en este habitual juramento: Así pueda reducir la Dacia á provincia, y cruzar el Eufrates y el Danubio sobre puentes por mí construidos.

Hemos dicho que Domiciano había comprado á los dacios (102) una paz vergonzosa, sometiéndose á un Tributo anual. Trajano tuvo por muy indigno sobrellevarlo más tiempo, cuando aquellos pueblos adquirían de día en día nuevas fuerzas, y cuando Decebalo, su rey, mantenía inteligencia con Pacovo, rey de los partos. Tomando, pues, por pretexto una de sus correrías en el territorio romano, reunió un ejército numeroso, y cruzando el río, empezó á talar sus campos. Sin pérdida de tiempo llamó Decebalo á las armas á toda la juventud, y se adelantó contra los romanos. Aunque Trajano recibió en el momento de venir á las manos un escrito que decía: *Vuestros aliados os aconsejan hacer la paz y retiraros*, arriesgó la batalla y alcanzó el triunfo. Habiendo agotado el gran número de heridos las vendas preparadas para los depósitos, dió el emperador sus propias vestiduras á fin de suplir aquella falta.

Prosiguió con tanto ardor la victoria, que reducido Decebalo al último apuro, envió á solicitar la paz, y la obtuvo, aunque bajo durísimas condiciones. Hubo de obligarse á restituir el país usurpado á sus vecinos; á entregar sus armas y sus máquinas de guerra, con los obreros que las habían fabricado y con todos los desertores; á no admitir ya á su servicio ningún individuo nacido bajo la dominación romana; á dismantelar sus plazas fuertes; por último, á tener los mismos amigos y adversarios que Roma.

Trajano construyó fuertes, donde lo creyó necesario, estableció puertos militares; y después de haber recibido una especie de homenaje de Decebalo (105), tornó á Roma á desplegar las pompas del primer triunfo sobre los dacios. Pero Decebalo, que sólo había cedido á la necesidad, no tardó en reclutar nuevas tropas, en fortificar sus plazas y en solicitar ayuda de sus vecinos. Acogieron sus proposiciones los scitas, rehusáronlas los iazigos, pero fueron derrotados. Corrió Trajano á hacer entrar á los dacios en sus deberes, y Decebalo envió desertores fingidos con encargo de asesinarle, si bien abortó su proyecto. Fué más venturoso con

Longino, teniente del emperador, á quien atrajo bajo pretexto de entrar en acomodo, haciéndole prisionero. Pretendía obtener por su rescate todo el país hasta el Danubio; pero Longino halló manera de envenenarse.

Construyó Trajano sobre el Danubio un puente de piedra, cuyos arcos se apoyaban sobre veinte pilones de sesenta piés de espesor, cincuenta de altura y setenta de separación; defendíalo un fuerte en cada una de sus extremidades. Aquella obra, tanto más maravillosa por ser mayor la rapidez de la corriente en aquel paraje á consecuencia del menor ensanche de sus riberas, fué no obstante terminada en el curso de un verano, bajo la dirección y con arreglo al plano de Apolodoro de Damasco.

En la siguiente primavera (106) atravesó Trajano el río por encima de aquel puente, y dirigió la guerra con ménos actividad que prudencia á fin de no exponer sus tropas. Pero la sangre fría con que arrostra personalmente el peligro excita el valor de los soldados, quienes renuevan sus antiguas proezas. Uno de ellos es conducido con una herida bajo una tienda, y cuando oye decir á los médicos que es mortal, vuelve al combate, donde exhala el último suspiro. Finalmente fué tomada la capital de los dacios (107); y reducido su país á provincia, tuvo por límites el Dniester, el Theiss, el Danubio inferior y el Euxino. Decebalo no quiso sobrevivir á su derrota. En testimonio de aquellas victorias fué erigida la columna Trajana, y las solemnidades del triunfo valieron al pueblo ciento veintitres días de espectáculos, en que murieron más de mil fieras.

Hallábase cumplido uno de los votos de Trajano, puesto que había atravesado el Danubio entonces pensó realizar el otro, y marchó hácia el Eufrates con intención de dominar á los partos, enemigos los más formidables que quedaban á los romanos. Al recibir Tiridato la corona de manos de Neron, había colocado su reino de Armenia bajo la dependencia de Roma, mientras que Exedaro, al subir al trono, había reconocido la supremacía de Chosroes, rey de los partos. Habiendo pedido Trajano razón de este acto de soberanía á Chosroes, quien sólo le contestó con vanas palabras, avanzó en contra suya. Procuró el rey parto desarmarle con embajadas y con regalos, asegurándole que había

depuesto á Exedaro, y rogándole que adjudicase la corona á Partamasiris, hijo como él de Pacovo; pero Trajano se limitó á responder que se encaminaba á Siria, y deliberaría desde aquel punto.

Después de haber recibido en Antioquia el homenaje de algunos príncipes (7 de Enero de 107), entró en la Armenia, donde se enseñoreó de muchas plazas, lo cual decidió al rey Partamasiris á que depusiese su corona á los piés del trono imperial. Ante aquel espectáculo prorrumpió el ejército en tales gritos de alegría, que, asustado el parto, quiso apelar á la fuga; pero viéndose rodeado por todas partes, se quejó de que se tratase como prisionero á un príncipe que se había presentado espontáneamente, y salió del campamento con el corazón rabioso de ira. Sin embargo, todos sus esfuerzos no bastaron á estorbar que Trajano redujera la Armenia á provincia. Entonces se inclinaron á sus plantas los reyes de Iberia, de Samarcia, del Bósforo, de Colchida. Sólo por el terror de sus armas fué avasallada la Mesopotamia, y habiendo sometido Cornelio Palma una porción de la Arabia, vió el emperador á los sármatas y á los indios solicitar al mismo tiempo la amistad de los romanos.

Se inclina uno á creer que Chosroes había admitido también las condiciones dictadas por Trajano; pero cualesquiera que fuesen los motivos, el emperador hizo nuevamente la guerra á los partos. Cruzó el Tigris sobre un puente de barcas, y se apoderó sin un sólo combate de Abadiena, ocupó la Asiria y visitó á su tránsito á Arvella y á Gaugamella, lugares célebres por las victorias de Alejandro. Aprovechándose de las discordias de los partos avanzó hasta Babilonia, y empezó á abrir un canal entre el Eufrates y el Tigris para el paso de las naves destinadas al sitio de Ctesifonte. Opúsose á tan magna empresa la diferencia de nivel de los dos ríos; hizo, pues, arrastrar aquellos bageles por tierra, tomó por asalto á Seleucia y Ctesifonte, donde cayó en su poder la hija del rey de los partos, como también su trono de oro. Chosroes logró escaparse, se sometió todo el país circunvecino, y la Asiria hubo también de pagar tributo como provincia romana.

Volvió Trajano á Antioquia (Diciembre de 107), y allí, en el momento en que se hallaban

reunidos el ejército, la corte y un inmenso gentío, atraído por la curiosidad, tembló la tierra con tal violencia, que la ciudad fué destruida; hasta el mismo Trajano salió contuso, y todo el imperio tuvo que sufrir en el desastre de una ciudad sola. Otras calamidades señalaron además su reinado, el hambre, la peste, los terremotos. En Roma salió de madre el Tiber, y excitaron el horror general tres vestales que fueron convictas de haber violado sus votos y enterradas vivas. Como si no bastara este sacrificio á las añejas supersticiones, ordenaron los libros sibilinos, como ya lo habían hecho, sepultar vivos en el *Forum boarium* á dos griegos y á dos galos, tomando de cada uno de los dos pueblos una mujer y un hombre; y obedecieron los romanos, á pesar de que clamaban en alta voz contra la barbarie de los galos y de los bretones, porque rociaban con sangre humana los altares de sus divinidades.

Al asomar la primavera empezó Trajano una correría, que puede llamarse verdaderamente histórica, no proponiéndose por objeto tanto conquistar, como desplegar á los ojos de las naciones la majestad y el poderío del imperio romano. Después de haber visitado las colinas desde donde descendió la primera civilización del mundo, se embarcó en el Tigris con rumbo al Golfo Pérsico, entró en el Océano, y descubriendo un barco que navegaba hácia la India, dijo: *Si yo fuera más joven, llevaría la guerra á esa comarca.* Entonces se encamina á la Arabia Feliz, se hace dueño del puerto de Aden, allende el estrecho de Bab-el-Mandeb, y no cesa de anunciar al Senado la sumisión de nuevos países. Por último, no pudiendo pasar adelante, regresa á Babilonia y sobre sus ruinas ofrece sacrificios en honor de Alejandro.

A la sazón rayaba el imperio en el apogeo de su grandeza, si bien duró poco tiempo, puesto que el mismo Trajano vió malograrse sus propios trabajos. El terremoto, que produjo trastornos en tantas comarcas, pareció á los judíos una señal precursora de la caída del imperio, y en todas partes, y con especialidad con Africa, se sublevaron furiosos. Al principio alcanzaron ventajas en Alejandría; pero cobrando brío los griegos, restablecieron su fortuna y asesinaron á todos los rebeldes sin distinción ninguna. Los de Cirene, promovedores de la rebelión, re-

corrieron las llanuras de Egipto, señalando su tránsito el saqueo, y no satisfechos con matare á sus enemigos, se los comían y se vestían con su piel sangrienta. Cuéntase que asesinaron á doscientas mil personas en la Libia, á doscientas cincuenta mil en la isla de Chipre, y redujeron á cenizas á Salamina. Trajano envió tropas para expulsarlos de la Libia; fueron aniquilados en Chipre, y si posteriormente se encontraba arrojado allí alguno de ellos por su mala fortuna, era hecho pedazos. Así quedó sofocado en todas partes el incendio.

Pero el ejemplo fué contagioso, y muchos países recientemente conquistados quebrantaron sus cadenas, lo cual obligó á Trajano á correr de un lado á otro para tenerlos á raya. Obligó una hidropesía á tornar á Italia, y todos aquellos países se insurreccionaron á un mismo tiempo. Levantados en masa los partos depusieron al rey Partamaspatís, que les había sido impuesto; los armenios eligieron uno á su gusto; la Mesopotamia se sometió á los partos, y fueron infructuosos tantos gastos y tal derrochamiento de sangre.

Llegado á Selinunta en Cilicia, murió el emperador (10 de Agosto de 117), después de un reinado de diez y nueve años y medio. En Roma se recibieron como en triunfo sus cenizas, llevadas allí por Plotina, su viuda, y por Avidia, su sobrina; y contra las antiguas leyes, fueron depositadas en lo interior de la ciudad, bajo la columna destinada á recordar sus conquistas.

Magníficos trabajos debían conservar su memoria, y con especialidad sus excelentes caminos. Podemos citar aquí el que conducía desde el Ponto Euxino hasta las Galias; el que cruzaba las ciénagas Pontinas. Abrió en Roma bibliotecas y un teatro, ensanchó el circo, reparó importantes edificios, llevó á la ciudad nuevas aguas. Admirábase especialmente el foro que recibió su nombre. Sobre el sitio de una colina que se había aplanado, de figura cuadrada (144 piés), rodeado de pórticos, ornado con cuatro arcos de triunfo y con gran número de palacios y de pequeños templos, parecía un prodigio en la ciudad de las maravillas.

Algun esplendor restituyó á las letras la felicidad harto rara de que se gozó bajo su reinado, en cuyo curso podía cada cual pensar lo que quería y decir lo que pensaba.

Duélenos observar que la historia, tan perfectamente informada de las atrocidades de un Nerón ó de un Calígula, esté reducida á no conocer lo concerniente á Trajano sino por un inexacto compendio y un panegírico elocuente. Pero no olvida que dos siglos y medio después de la muerte de este príncipe, y al saludar á un nuevo emperador, el Senado le deseó que fuera más feliz que Augusto y más virtuoso que Trajano.

CAPITULO IX

Adriano.

Abriendo al acaso la *Eneida* Publio Ælio Adriano, español que había nacido en Roma, fijó sus ojos en estos versos del canto VI relativos á Numa:

Quis procul illi autem, ramis insignis olivæ
Sacra ferens? Nosco crines incanaque mensa
Regis romanis, primus qui legibus urbem
Fundavit, Curibus parvis et paupere terra
Missus in imperium magnum.

y creyó leer en ellos un vaticinio que le anunciaba que sería emperador y legislador. Efectivamente, fué lo uno y lo otro. Sirvió bajo Trajano y se granjeó su afecto, procurando y consiguiendo hacerle sucesor suyo, después de haberle dado en matrimonio á Sabina, sobrina de su hermana. Saludado como emperador por el ejército reunido en Antioquía, escribe al Senado para excusarse de haber admitido, y á fin de suplicarle la confirmación de aquel título. Decrétales el Senado el triunfo, pero él lo rehusa y coloca sobre el carro la estatua de Trajano. Fastuoso y avaro, grande y frívolo, clemente y vengativo alternativamente, ofrece un prodigioso conjunto de vicios y virtudes. Le bastaba haber leído un libro para saberlo de memoria. Dictaba á la vez muchas cartas y daba audiencia á muchos ministros con quienes trataba de diferentes negocios; conoció por su nombre á cuantos habían servido á sus órdenes. También era versado en las ciencias, en la gramática, en la elocuencia, tanto como el hombre más instruido de su siglo. Además de la filosofía, de la astrología y de las matemáticas, poseía la medicina, esculpía, cantaba, tocaba instrumentos, pintaba, especialmente figuras obscenas, así como imitaciones ó más bien fal-

sificaciones de la naturaleza. Compuso muchas obras en verso y en prosa, entre otras un poema titulado la *Alejandriada*, discursos sobre la gramática, otros sobre el arte de la guerra y sus propios fastos, publicados bajo el nombre de sus libertos. Es supuesto el diálogo con Epiceto, en que somete diversas cuestiones al mejor filósofo de su tiempo, el cual las resuelve; pero entre máximas falsas, ridículas ó triviales, se encuentran otras excelentes, por ejemplo esta:—*¿Qué es la paz? Una libertad tranquila.—¿Qué es la libertad? Virtud é inocencia.*

Adriano tenía un gusto estrambótico en materia de literatura; prefería Catón á Cicerón, Antímaco á Homero, Ennio á Virgilio, Cœlio á Salustio; llegó hasta á meditar la destrucción de los poemas de Homero. Si quería conciliarse su valimiento, bastaba dar á luz destempladas críticas, como hizo Largio Lucinio, autor del *Ciceronastio*, diatriba violenta contra el padre de la elocuencia latina. Cantaba en licenciosos versos las alabanzas de sus favoritos, otros poetas le hacían coro por el mismo tono. Rodeábanle los sofistas, raza impudente, codiciosa, venal, que hablaba de un modo y procedía de otro, y sólo servía para defender el pró y el contra. Adriano, que sin abrazar ninguna secta las toleraba todas, se complacía en oír sus disputas, así como en hacer improvisar á los poetas. ¡Infeliz del que pretendiera disputarle la palma á que aspiraba en todas las cosas! Tomó odio á Dionisio de Mileto y á Caninio Celer porque no se prestaron á permitirle brillar á expensas de su renombre, como lo hacía sin duda Heliodoro su favorito. Cierta día que había criticado el emperador una expresión empleada por el filósofo Favorino, éste reconoció su falta, aunque podía apoyarse en ejemplos clásicos, y como esto llenara de asombro á sus amigos, les dijo: *¿Queríais que compitiera en sabiduría con un hombre que manda treinta legiones?* Apolodoro, el célebre arquitecto, que había dirigido las construcciones de Trajano, no tuvo en verdad la misma prudencia. En respuesta á una censura que le dirigía el emperador sobre su arte, le dijo, aludiendo á un género de pintura que le divertía particularmente: *Id á pintar cohombros.* Habiendo visto otra vez una Venus y una Roma esculpidas por su mano, estatuas sentadas, si bien de desproporcionada estatura